ANDENES

Te gusta llegar a la estación

cuando el reloj de pared tictaquea,

tictaquea en la oficina del jefe-estación.

Cuando la tarde cierra sus párpados

de viajera fatigada

y los rieles ya se pierden

bajo el hollín de la oscuridad.

Te gusta quedarte en la estación desierta

cuando no puedes abolir la memoria,

como las nubes de vapor

los contornos de las locomotoras,

y te gusta ver pasar el viento

que silba como un vagabundo

aburrido de caminar sobre los rieles.

Tictaqueo del reloj. Ves de nuevo

los pueblos cuyos nombres nunca aprendiste,

el pueblo donde querías llegar

como el niño el día de su cumpleaños

y los viajes de vuelta de vacaciones

cuando eras -para los parientes que te esperaban-

sólo un alumno fracasado con olor a cerveza.

Tictaqueo del reloj. El jefe-estación

juega un solitario. El reloj sigue diciendo

que la noche es el único tren

que puede llegar a este pueblo,

y a ti te gusta estar inmóvil escuchándolo

mientras el hollín de la oscuridad

hace desaparecer los durmientes de la vía.

De El árbol de la memoria,1961

También en: Los dominios perdidos, 1992.

Versión corregida aquí consignada.

CUANDO TODOS SE VAYAN

A Eduardo Molina.

 Cuando todos se vayan a otros planetas

yo quedaré en la ciudad abandonada

bebiendo un último vaso de cerveza,

y luego volveré al pueblo donde siempre regreso

como el borracho a la taberna

y el niño a cabalgar

en el balancín roto.

Y en el pueblo no tendré nada que hacer,

sino echarme luciérnagas a los bolsillos

o caminar a orillas de rieles oxidados

o sentarme en el roído mostrador de un almacén

para hablar con antiguos compañeros de escuela.

Como una araña que recorre

los mismos hilos de su red

caminaré sin prisa por las calles

invadidas de malezas

mirando los palomares

que se vienen abajo,

hasta llegar a mi casa

donde me encerraré a escuchar

discos de un cantante de 1930

sin cuidarme jamás de mirar

los caminos infinitos

trazados por los cohetes en el espacio.

 (De El árbol de la memoria, 1961.)

LLUVIA INMÓVIL

No importa que me hayas cortado siete espigas

yo he roto todos los espejos

he cerrado todas las ventanas

y estoy condenado a permanecer

inmóvil en este pueblo

donde entre la lluvia y la vida hay que elegir la lluvia

donde el Hotel lo he bautizado Hotel Lluvia

donde los plateados élitros de la Televisión

relucen sobre tejados marchitos.

Tú me dices que todo se recupera

y que mi rostro aparecerá

en un río que he olvidado

y hay un camino para llegar a una casa nueva

creciendo en cualquier lugar del mundo

donde nos espera un niño huérfano

que no sabía éramos sus padres.

Pero a mí me han dicho que elija la lluvia

y mi nuevo nombre le pertenece

un nuevo nombre que no puede borrar ninguna mano

sino la de alguien que me conoce más que a mí mismo

y reemplaza mi rostro por un rostro enemigo.

(De Para un pueblo fantasma, 1978.)